

guirnaldas que el mundo les consagró; pero eran católicos, y cuando llegaba el momento de encender la antorcha de la fé para registrar su propia conciencia y examinar si entre las flores con que el mundo entreteja esas guirnaldas se encontraban algunas que no respirasen suavidad de virtud, ó alguna que verdaderamente fuese fétida, dejaban desnudas sus frentes, humillándose ante la presencia divina, y confesando que lo bueno que habia en ellos era de Dios, y lo malo de su propia miseria. Lo que aquellos sábios, enseñados por la fé, hacian cuando vivian en la tierra, eso mismo haceis vosotros en este dia, enseñados por la caridad, pidiendo al Señor que se digne abreviar el tiempo de la expiacion por las miserias de la vida en que pudieron incurrir, y los lleve á los gozos del paraíso.

Pero además dais testimonio solemne de vuestra catolicidad poniéndoos en contacto con el reino de las cosas invisibles; lo que no es posible ejecutar sin que el alma tenga convicciones profundas. ¿Y cuáles son éstas? Las que la Religion imprime en nuestros corazones, enseñándonos que ninguna de esas cosas transitorias que tanto halagan los sentidos son dignas de llamar la atencion del hombre, destinado á cosas más grandes, más nobles y más sublimes. Seguramente, más de uno de aquellos por quienes rogamos hoy al Altísimo, se vieron colmados de favores humanos; muchos, además, se vieron favorecidos de bienes de fortuna, y no pocos de los que han cultivado las ciencias en aquellos tiempos y en los presentes, pertenecian á la clase de esos hombres ilustres, que las majestades terrenas llaman cabe sí para que rodeen sus tronos como sus primeros defensores. Pero no es esto lo que recordamos en este dia, enseñándonoslo así, no sólo la Religion, sino hasta la sana filosofía. No es el oro, no son las riquezas, no las grandezas humanas, lo que da al hombre renombre perenne

y gloria imperecedera (1); lo que el hombre hace, lo que dice, lo que enseña, eso que parece lo más fugaz, pues son dichos y hechos que se hacen y se dicen en un instante, es lo que labra para el hombre el lauro de la inmortalidad. Esos genios ilustres, que tanto enaltecieron las letras de nuestra pátria y tanto brillo les dieron, tuvieron suerte muy diversa en la vida de la sociedad; la penuria fué la compañera de unos, las escaseces de no pocos, miéntras algunos nacieran entre blancos cendales y fueran mecidos en cunas de Reyes y de semireyes. Pero en una cosa anduvieron todos á la par, y es en haber sido sus lábios un vaso precioso, que conservó siempre la doctrina sana de la fé que recibieron. Hé aquí, señores de la Academia, el tributo solemne que rendís hoy á lo que es verdaderamente digno de la estimacion del sábio; hé aquí lo que profesais al pedir al cielo descanso para las almas de los literatos de nuestra España. *Est autem et multitudo gemmarum; et vas pretiosum labia scientiæ.*

Fueron hombres, es verdad, y por consiguiente estuvieron sujetos á la triste alternativa de las miserias humanas; pero conservaron en el fondo la gran virtud del sábio, que es la sujecion de su entendimiento limitado al Entendimiento divino; la humildad para someter sus conceptos y sus sentencias al magisterio infalible de la Iglesia, muriendo todos en su seno; reconociéndose pecadores, pero profesando solemnemente que no reconocian más estandarte de milicia que la Cruz, ni más guía de doctrina que el Evangelio, ni más magisterio que el de Cristo, representado por su Vicario. Ésta era la fé de nuestros literatos, ésta era su luz, ésta su norma. Y por

(1) No discrepa en esto de la Religion la sana filosofía. Asi Isócrates decia á Nicocles estas palabras: *Magis expetendum ducito, ut liberis tuis honestam famam, quam opes magnas relinuas: nam hæ mortales sunt, illa immortalis: pecuniæ acquiri possunt, fama pecuniis emi non potest: opes etiam improbis contingunt: gloriam vero parare non possunt, nisi virtute præstantissimi.*

eso la sociedad, heredera solidaria de todo lo bueno que han hecho sus individuos, de todo lo sábio y científico que han enseñado, lo conserva como vaso precioso, siempre lleno de aromas, y lo abre de tiempo en tiempo para que éstos purifiquen el ambiente y fortifiquen á cuantos perciben la fragancia de la virtud y la sabiduría. *Est autem et multitudo gemmarum; et vas pretiosum labia scientiæ.*

Señores, á fuer de lo que soy, aunque serlo no merezco, confieso que abandono con pena esta cátedra sagrada, porque ahora precisamente debia yo empezar el discurso; ahora deberia yo entrar en un campo verdaderamente de oro. Os he hablado de un príncipe de la literatura épica, y de los que á su ejemplo descubrieron veneros de ciencia, discurriendo por todos los objetos de la creacion, y puedo decir que he viajado con vosotros por la tierra, faltándonos recorrer lo más encantador del viaje, el cielo. Dispensadme lo largo del discurso, y dadme el consuelo de que os diga dos palabras sobre lo que, más que terreno, es celestial.

¿No os he de traer á la memoria á la princesa de la literatura mística, á la grande é incomparable Teresa de Jesus, que abrió la era moderna de una literatura encantadora, dulcísima, suavísima y extasiadora de las almas? ¿No os he de recordar á su compañero de trabajos, de ciencia, de virtudes y de glorias literarias, San Juan de la Cruz? Verdad es que casi no pertenece su memoria á la solemnidad presente, por cuanto sabemos cierta é infaliblemente que no necesitan expiaciones ni lágrimas; pero, ya que no podemos tejer para ellos la guirnalda fúnebre, formémosles una gloriosa, compuesta de flores inmortales, la cual se eleve sobre ese túmulo y predique la sublimidad del fin con que cultivaron las ciencias, que fué el de elevar las almas al trato íntimo con Dios.

¡ Oh España, nacion gloriosa, pueblo privilegiado!

Levántate, levanta tu frente humillada hasta el polvo; ningun pueblo tuvo tus vates místicos, tus cantores sagrados, tus maestros en la vida contemplativa. ¡ Qué elevacion del alma hácia Dios! ¡ Qué pensamientos tan sublimes! ¡ Qué expresiones tan adecuadas! ¡ Qué conocimiento tan profundo de las cosas! Señores, lo que vió nuestra pátria en este género de literatura, no lo vió nacion alguna. En este mismo paraje habeis oido las poesías tiernas, amorosas, arrobadoras, de la misma Teresa de Jesus, de Sor Marcela y de otras almas que vivian enamoradas de Dios; y estoy seguro de que no han herido sus ecos vuestros oidos, sin que se hayan conmovido todas las fibras de vuestros corazones. Esas poesías parecen plectros angélicos, arpas de serafines, melodías celestiales; mas entre tanto, los que las componian eran seres llenos de austeridad, retirados del mundo, quienes parece que nada debian saber de él, y sin embargo, lo sabian todo, y se servian de todo para explicar sus amores, para expresarlos y para contárselos á todos, con el fin de que todos amasen lo que ellos amaban, que era Dios y sus bellezas inefables.

Pero, señores, lo que más llama mi atencion y cautiva mi entendimiento es el ver los efectos que produce en aquellas almas el amor divino. Aquí veo á hombres entregados á la austeridad, á la soledad y al alejamiento completo del mundo; á hombres macilentos por la mortificacion, de quienes se diria al verlos que están poseídos habitualmente de ideas tétricas y pensamientos lúgubres; y sin embargo, cuando se trata de describir las finezas del amor divino, toman la lira y aparecen con todo el ardor juvenil, con las galas de una imaginacion fecunda, y brotan de sus lábios cantares alegres y estrofas tan cadenciosas como encantadoras (1). Allí es una religiosa

(1) Comentaba el venerable padre Fr. José de Sigüenza el *Cantar de los Cantares* en verso sencillo, y al llegar á aquellas palabras de la Esposa, que dicen:

que despreció en sus años juveniles cuanto el mundo podía brindarla; se encerró en un monasterio, y eligió para vivir una celda solitaria, donde no hay sino cuatro tabiques con alguna estampa y una efigie del Crucificado; y está tan enamorada de su soledad, que la consagra cantos llenos de una sabiduría que más propia parece de

yo para mi amado, y para mi amado yo, el cual se recrea entre azucenas (Cánt., cap. iv, vers. 2), pone en los labios de ella estas palabras, hablando con sus amigas:

Cantarle he un cantarico
Por burlar el pensamiento;
No os parezca atrevimiento
Lo que en él digo, os suplico.
Tal para tal
Somos yo y el mi zagal.

Aunque zagal pulido,
Es Rey grande y yo Pastora
Él allá en la corte mora,
Yo en el campo muy florido.
Supuesto que quiso amarme
Y consigo desposarme,
Ya soy yo de casta real.
Tal para tal
Somos yo y el mi zagal.

Si él es lirio, yo soy rosa;
Yo su nardo, él mi azucena.
Mi blanco él, yo su morena;
Él mi hermoso, yo su hermosa;
Él es bello, y yo soy bella;
Él mi sol, yo soy su estrella;
Él cielo, y yo celestial.
Tal para tal
Somos yo y el mi zagal.

Si él es Rey, ya yo soy Reina:
Si do pisa nacen flores,
Mi huella produce olores.
Yo no peno si él no pena;
Él es mio, yo soy suya.
Dame el alma, y se la doy,
Pagándole por igual.
Tal para tal
Somos yo y el mi zagal.

un Gregorio Magno ó de un Agustín, que de una mujer (1).

¡Ah! Es necesario confesar que Santa Teresa de Jesús y San Juan de la Cruz renovaron entre nosotros aquel estilo florido y aquella elocuencia encantadora de San Gregorio Nazianceno, y de otros Santos Padres de aquella edad de oro del siglo iv y v del Cristianismo. Pero, señores, corramos el velo de estas grandezas literarias, cuya relacion nos traslada á los espacios celestiales, donde todo es gozo y alegría. Estamos en la tierra, donde lloremos por ser valle de lágrimas, y tenemos que derramar todavía una sobre la tumba de *Miguel de Cervántes* y de cuantos á su ejemplo han cultivado las letras y han muerto como él en el gremio santo de la Iglesia católica.

Derramémosla, pues, rogando al Dios de las misericordias que se apiade de todos ellos, si todavía estuviesen sus almas detenidas en el lugar de la expiacion, á fin de que vuelen al paraiso, y á su vez pidan por nosotros la gracia de la perseverancia en el bien hasta el úl-

(1) La religiosa Sor María de la Antigua hacia un encomio de la soledad, y entre otras cosas, decia las siguientes, hablando de los efectos que produce en el alma el trato íntimo con Dios:

Donde harta quede hambrienta,
Donde de sed se traspase,
Y cuanto más agua pase,
La deje sin sed sedienta.
Donde guste sin sabor
Manná de todos sabores,
Donde huela sin olores
Lo que huele á todo olor.

Preseindiendo del mayor ó menor gusto de esta poesia, diremos que el pensamiento de la primera estrofa es de San Bernardo, que dice estas palabras (serm. 13, *in cena Domini*): «Cuanto más bebo del amor de Dios, más sed tengo, y sucede lo mismo á todo el que ame á Cristo, pues cuanto más se come, da más hambre, y cuanto más se bebe, da más sed.» El otro pensamiento es de San Agustín (lib. x, *Confes.*, cap. vi): «Cuando amo á Dios, amo cierta luz, cierta voz, cierto olor, cierta comida y cierto abrazo del hombre interior. Allí resuena lo que no cabe en el espacio, allí se percibe el olor que los vientos no disipan; se saborea lo que la voracidad no arrebata, y queda todo entero lo que la saciedad no puede arrancar.»

timo momento de nuestra vida. Lo que haceis vosotros, señores, por vuestros maestros y compañeros en el saber, dia vendrá en que se hará tambien por vuestras almas; aunque yo deseo que los sufragios que entónces se dirijan al cielo no os sean necesarios, porque será esto una señal de que habreis trasmigrado al reino de la paz eterna. Así sea.

SERMON FÚNEBRE

PARA

UNAS HONRAS DE MILITARES.

Charitas nunquam excidit.

La caridad nunca falta.

(I AD CORINTH., cap. XIII, vers. 8.)

Siempre que soy llamado á ocupar este sagrado puesto, me creo investido de una honra que no reconoce rival fuera del santuario; esta es la de representar al Rey de los cielos, cuyo embajador es el sacerdote, siempre que tome en sus lábios el Evangelio de la paz. Aparte mi indignidad, más de una vez he reflexionado en mi culminante posicion, y he rendido á Dios homenajes de gratitud por haberse dignado escogerme entre mil para ser el intérprete de sus voluntades entre los hombres. En esta ocasion me asisten motivos más poderosos aún para gloriarme de que me quepa la doble honra de explicar el Testamento divino y de hacerlo en presencia de un pueblo escogido, reunido en rededor del santuario, á cuyo sagrado recinto lo conducen la Religion, el amor y el heroísmo. Antes de ahora me habeis dispensado el honor de llamarme á tomar parte en la solemnidad sagrada que os trae al templo; pero hoy diviso en cada uno de vosotros un creyente, un amigo, un héroe; la fé y la amistad eran los lazos que os unian á los que militaron bajo el